LA HERENCIA DE FAISAL

No es muy conocida la realidad del reino de Arabia Saudita. Lo que suele hablarse de él entra dentro del dominio del estereotipo. Un estereotipo creado no sólo por la hostilidad residual que pueda haber entre los representantes de las otras religiones monoteístas hacia el representante máximo de los islámicos más puritanos ni por la más o menos abierta de los sionistas, que temían su obstinación decidida en la petición de devolución de los terceros Lugares Santos del Islam, sino también por la de sus propios hermanos en Arabismo e Islam desde la aparición en sus ardientes arenas del apóstol de la pureza del dogma, Mohamed Ibn Abdel Uahab. El terminante rechazo de éste a las innovaciones *(bidaat)*, aun entre las sancionadas por el *consensus* de la comunidad mulsumana *(iymaa)*, consideradas por él como pura y simple herejía *(chirk)*, le acarrearon la hostilidad de las autoridades religiosas oficiales de otros países islámicos que se tenían a sí mismos como máximos detentadores de la verdad absoluta y también la de los gobiernos de estos países a la casa de Saud que se hizo defensora de estas ideas de pureza desde el primer momento. Posteriormente aumentó la hostilidad hacia dicha casa, la infiltración en estos países de las ideas socialistas ateas que rechazaban las ideas tradicionales por considerarlas como «opio del pueblo» que facilitaba la opresión de las débiles masas por sus clases dominantes, aunque en este caso, la hostilidad era más por parte de las élites dirigentes, educadas en ideas occidentales modernas, extrañas al Islam, que en sus masas de población, todavía no lo suficientemente evolucionadas y sujetas por tanto a la acción de una propaganda de distinto signo.

Ya el rey Abdel Aziz, fundador del reino, dio un paso gigante en la aceptación de su país y de su forma de entender la religión, por las otras naciones árabes e islámicas, pero aun en estas y en el resto del mundo, en su tiempo y en el de su hijo Saud, decir saudita era sinónimo de *uahabi* en sentido peyorativo, es decir, fanático puritano

y salvaje capaz de arrasar todo a su paso y en manos del capricho absoluto de un señor feudal.

Es decir que cuando Faisal se hizo cargo del trono en 1964, el país estaba en una situación, tanto en el plano nacional como en el internacional, muy distinta a como él lo dejó, cuando fue asesinado el pasado año, a su hermano Jaled.

Mucho se ha hablado y se habla de la tremenda riqueza petrolífera del país, en producción anual y sobre todo en reservas, las mayores del mundo con respecto a las de cualquiera otra nación, pero no se tiene muy en cuenta su escasísima población, para un territorio tan extenso y árido (unos siete millones de habitantes en 2.200.000 Km.^{2} con sólo 385.000 Ha. en pleno cultivo y 600.000 más posibles de poner en plazo no muy largo [1] y el estado de evolución cultural de la misma.

Sin embargo, nadie puede negar que Arabia Saudita, hoy, tiene una gran influencia no sólo en los países árabes e islámicos, sino en todo el mundo occidental y esto no se debe sólo a los petrodólares, sino también, y en mayor medida de lo que suele creerse, al paso de Faisal por la suprema jefatura del país.

En artículos anteriores he dado una idea de su actuación a lo largo de su reinado y los condicionamientos que para ella ha tenido [2] y de su doctrina de gobierno [3]. Ahora quiero resaltar palabras y hechos suyos que muestran cómo su personalidad ha influido poderosamente en la fuerza que hasta ahora el gobierno saudita ha mostrado, no sólo en los asuntos árabes y en las decisiones de sus gobiernos, sino en las de las potencias occidentales y las del Tercer Mundo.

Cuando Faisal subió al trono, en 1964, por decisión de todas las fuerzas decisorias de su país, era porque su actuación anterior, en su puesto de primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores, había dado gran confianza al país por sus dotes de gobierno. Su experiencia en estos asuntos, tanto interiores como exteriores, era muy grande debido a que su padre, desde muy joven, le ocupó en ellas. Pero no era sólo su experiencia, eran sus cualidades humanas, propias de un jefe nato, reposado y sin grandes demostraciones de autoritarismo para hacerse respetar y querer. Una imagen paternal, se me podrá decir, pero perfectamente acomodada al estado del país que regía. Su mode-

---

1 Ministerio de Agricultura y Aguas: «Seven green spykes», Riyadh, 1974, p. 15.

2 F. FRADE: «Faisal al Saud, cumbre de una familia esforzada», POLÍTICA INTERNACIONAL número 133, mayo-junio 1974.

3 *Ibidem* núm. 87, septiembre-octubre 1966, p. 81.

ración, su austeridad, su prudencia, pero también su energía y su obstinación en la propulsión del desarrollo del país para convertirlo el primero entre los árabes, si posible, y en espejo de la conducta de los musulmanes, siempre, hacía que lo más que podían decir sus enemigos es que era un reaccionario, palabra con matiz psicológico, que nada atañe a sus buenas cualidades intrínsecas, o que era un juguete del imperialismo, refiriéndose al de la superpotencia norteamericana, que él bien claro dejó ver que no era verdad, sobre todo al final de su vida.

Cuando subió al trono, en pleno auge del caudillo egipcio Gamal Abdel Naser, que enardecía a todas las masas, y élites no instaladas en el gobierno, de todas las naciones árabes, tuvo que hacer frente al grave problema del Yemen que amenazaba la seguridad de su Estado todavía sin entrar en la forma que él quería darle de una manera decidida. Le amenazaban los vientos socialistas que se aproximaban haciendo batir las banderas naseristas de la Nación Arabe, de los que por cierto la Unión Soviética pretendía aprovecharse para sus fines de expansión, motivados por su deseo de sacudirse el dogal de la doctrina de la contención que la otra superpotencia le había ceñido.

Tuvo que hacer frente de este modo a tres retos: el exterior que amenazaba introducírsele por un flanco, el interior del fortalecimiento de su nación empleando para ello las riquezas que Dios le había dado y no empleadas íntegramente en el desarrollo y el de la defensa y fortalecimiento de los valores eternos islámicos, amenazados por las ideas materialistas que entraban en el mundo árabe por la influencia occidental y la socialista. Una difícil labor de armonizar sus puras esencias espirituales, su desarrollo cultural y económico y la seguridad de su reino. En los tres pasó a la ofensiva y muy pronto salió de la crisis en que el país estaba sumido en el momento de la renuncia de su hermano al trono. Para el primero levantó la bandera de la Solidaridad Islámica, perfeccionando los instrumentos existentes en su mano y creando otros nuevos. Para el segundo, implantó un modo de vida más austero, siguiendo su propio ejemplo y disminuyendo los gastos de los numerosos príncipes existentes que vivían del presupuesto de la nación. Se lanzó, asimismo, de un modo decidido, por el camino de la creación de la infraestructura, acudiendo al mercado de la libre competencia, con lo que vinieron al reino las mejores empresas del mundo. Para el tercero, se dispuso a la creación de fuerzas armadas y de seguridad, cada vez más potentes y a terminar con el conflicto del Yemen, procurando quedar en los mejores términos con sus her-

manos egipcios. En esto se resume lo que yo en otro artículo publicado por esta revista llamé «la doctrina faisaliana» [4].

En todos esos fines obtuvo el éxito y para su realización no regateó ni horas de trabajo, ni incansables entrevistas con dirigentes de todo el mundo, en su país y en incontables viajes al extranjero. Para ello contaba con la riqueza del petróleo que Dios ha dado a su país, pero contaba más con otra cosa: la fe. Fe en su pueblo, el de las virtudes beduinas y fe en las directrices que Dios les había mandado expresadas en el Qoran.

Pero no sólo tenía fe, sino que también estaba su gran preparación en los asuntos de estado, a la que hemos aludido con la responsabilidad de cargos de creciente importancia y en los que ya había laborado por esos elevados objetivos. A través de ellos vio lo que todavía le faltaba al país para llegar a alcanzar lo que su padre había soñado. Este había dado los primeros y trascendentales pasos para pasar de una sociedad fragmentada, llena de rivalidades y odios tribales, y aun familiares, a la nación moderna que la hora del mundo exigía, pero todavía el año en que Faisal subió al trono estaba grandemente atrasada y, lo que es peor, llena de prejuicios que hacían muy difícil la labor de impulsar el progreso y que exigía un tacto exquisito para no violentar las conciencias. El atraso sanitario, el escolar, el agrícola, la escasez de comunicaciones, la parvedad de los cuadros directivos, en manos de extranjeros, y las apetencias de otras naciones eran factores que obligaban a una tremenda lucha en el interior y en el exterior. De esto, tanto Abdel Aziz como su hijo Faisal sacaron dos conclusiones: una, que no les convenía mucho meterse en empresas y aventuras exteriores, aunque tuvieran medios para ello, por el solo hecho de hacer aumentar su *status* entre las demás naciones árabes; segundo, que no convenía introducir de golpe todas las innovaciones que se necesitaban para desarrollar el país. Opinaba el rey Faisal que la impaciencia no es buena consejera, sino que primero hay que establecer unas bases sanas y sobre éstas perfeccionar, y esto sí, con la máxima rapidez [5]. Es decir, que la evolución hacia una sociedad moderna había que hacerla partiendo de sus propias concepciones y formas fundamentales de vida. Con prudencia, sin forzar demasiado, y por eso se ganó el calificativo de rey prudente que todo el mundo le ha dado.

---

[4] FERNANDO FRADE: «La doctrina faisaliana», REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL núm. 87, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, septiembre-octubre 1966.

[5] Estas ideas están expresadas en el artículo citado del autor *Faisal al Saud, cumbre de una familia esforzada*, pp. 199-200.

Los problemas más urgentes con los que se encontró al ascender al trono en 1964 eran:

— El mal estado de las finanzas del estado.
— Una mala imagen de la casa de Saud ante el exterior, aprovechada por los regímenes radicales árabes y particularmente por Egipto para extender su dominio en la península Arábiga. Este problema tenía particular influencia en la guerra civil del Yemen, caso de que este país cayera bajo la órbita de la República Arabe Unida.
— Enorme escasez de personal saudita preparado para hacer frente a las exigencias del desarrollo, tal como él lo concebía.
— Poca potencia y preparación de sus fuerzas armadas, obligándole a que la seguridad del reino descansara en la protección de los Estados Unidos, con el descrédito consiguiente ante los árabes por ser esta potencia el máximo sostén del estado sionista, cosa que él profundamente repugnaba.

A este respecto quiero consignar unas afirmaciones del conocido especialista en cuestiones de Oriente Medio Nadar Safran, en un artículo aparecido en la revista *Orbis*:

«En 1957, después del trato de armas sovieto-egipcio de 1955 y la guerra de Suez en 1956, Naser se convirtió en un héroe para todos los árabes y fue lanzado en su carrera panárabe. Los dirigentes saudíes comenzaron entonces a percibir que la principal amenaza a su régimen y modo de vida procedía de una combinación de nacionalismo radical árabe y comunismo soviético, cada uno usando y fomentando al otro.

Junto al comunismo soviético y al radicalismo árabe, el tercer enemigo de los sauditas es Israel. La hostilidad saudita a Israel está parcialmente arraigada en un sentido de identificación y simpatía con sus compañeros árabes y sus compañeros musulmanes. Está alimentada hasta cierta extensión por un desagrado, de inspiración religiosa, hacia los judíos y por la indignación de que éstos estuvieran en el papel del fuerte que puede cometer la injusticia con impunidad. En particular, el rey Faisal estaba obsesionado por el hecho de que los judíos controlasen los Lugares Santos musulmanes en Jerusalén. Sin embargo, el fundamento más importante para la hostilidad activa, en la consideración de los dirigentes sauditas, es que Israel ha sido responsable de la penetración de la Unión Soviética en la región árabe,

del éxito de los radicales árabes en hacerse con el poder en varios de sus países, de la explotación soviética de los radicales árabes para extender el socialismo y comunismo ateo y de haber armado a esos radicales árabes de tal manera que hacían de ellos una amenaza para Arabia Saudita y otros estados árabes tradicionalmente orientados.

Además la estrecha relación de Israel con los Estados Unidos, que los sauditas (alentados por los americanos) interpretan de un modo simplista como debida a una siniestra influencia judía, les ha causado un desconcierto sin fin. Por una parte, su convicción de que los Estados Unidos son indispensables, como el último bastión que tienen contra la amenaza del comunismo y del radicalismo árabe, les impulsa a cultivar su amistad y apoyo. Por la otra, el apoyo americano a Israel les hace vulnerables a los cargos de los radicales árabes de que es un aliado de Israel» [6].

Para hacer frente a este estado de cosas que él ya había intentado cambiar desde su puesto de primer ministro, una idea capital iba a presidir su acción: Demostrar que Arabia Saudita, con su régimen monárquico tradicional, y teniendo como su constitución escrita el Qoran, estaba en superiores condiciones que cualquier otro país árabe socialista, aunque tuviera las riquezas del suyo, para adelantar por el camino del desarrollo cultural, técnico y económico, y además conservando su espiritualidad. Reto difícil ciertamente por el que Faisal luchó denodadamente a lo largo de toda su vida, y que en gran parte consiguió mientras vivió.

Para obtener ayudas exteriores y para llevar a cabo su ideal de unión espiritual de todos los pueblos islámicos, con el que harían frente a las asechanzas de los materialismos occidental y socialista, enarboló, como hemos dicho, su bandera de la Solidaridad Islámica, con la cual de paso templaba los ardores de la de la Nación Arabe que había enarbolado Naser.

Para llevar a cabo el desarrollo citado con el máximo de acierto y eficacia invitó a todos los organismos especializados de la ONU, a otros árabes e interárabes y a las firmas particulares mejores del mundo a que pusieran a contribución su asesoramiento y planificación, entrando como primera condición el instruir personal saudita en todos los órdenes para que sucesivamente se fueran haciendo cargo de un país completamente moderno.

Veamos, en primer lugar, siguiendo este orden de exposición, aun-

---

[6] NADAV SAFRAN: *Arab politics, peace and war*, Orbis, Philadelphia, Summer 1974, páginas 380-381.

que sea de un modo somero, la organización política que el rey Faisal imprimió a su país, ciertamente basado en lo que ya su padre y los estamentos religiosos del país habían esbozado y continuado su hermano Saud.

La característica fundamental que todo no musulmán ha de comprender es que la monarquía saudita es una monarquía que se basa en el Qoran. No es una monarquía al estilo de las europeas, donde el rey reina, pero no gobierna, sino que aquí sí gobierna, aunque no quiere esto decir que no tenga sus órganos legislativos y de asesoramiento. ¿Quiere decir esto que es una monarquía absoluta y no constitucional? Ellos no lo creen así, ya que dicen que tienen una constitución enviada por Dios y, por tanto, absolutamente justa, y para completar detalles está la enseñanza del Profeta, expresada en la Sunna, y si estas dos fuentes no bastaran para las exigencias de la sociedad moderna por la que se encamina Arabia Saudita, un Consejo de 20 juristas musulmanes selectos son los encargados de elaborar las nuevas reglamentaciones, de acuerdo con la mentalidad y el alma musulmana [7].

Sin embargo, el rey sí tiene un poder absoluto, mayor quizá que el de cualquier otro jefe de Estado del mundo, pero no para imponer su capricho, sino para asegurar el cumplimiento de la ley emanada del Qoran y de la Sunna. «Según Faisal —y volvemos a Ahmed Assa—, Arabia Saudita, país árabe musulmán tenía que fundar su vida en el Qoran y las enseñanzas del Profeta, y establecer sus bases sobre ese fundamento religioso, ético y político-social. El rey —Imam de los creyente— es el primer responsable ante sus ciudadanos de su seguridad, de conseguir un mejor nivel de vida y progreso, y esto implica la colaboración de un sistema consultivo islámico para que los representantes de esta tradición islámica y popular participen con sus consejos y puntos de vista en la edificación coherente de un estado islámico moderno y en el control de sus instituciones» [8].

Y sigue más adelante:

«Considerando los deberes del Estado hacia sus ciudadanos, Faisal proclamó con toda franqueza que para gobernar con éxito había que realizar la justicia social en el seno del pueblo, y que el sistema político de Arabia Saudita debía asegurar la igualdad de todos los

---

7 Ahmed Assa: *Muayisa fauka er-ramal*, Trad. francesa: *Miracle dans les sables*, A. Maisoneuve, París, 1961, p. 101.

8 Ahmed Assa, *op. cit.*, pp. 102-103.

ciudadanos, haciendo así del ejercicio del poder una responsabilidad y un servicio al pueblo. Este ejercicio, según él, no concede ningún privilegio a los gobernantes, pues el principio de la igualdad de los ciudadanos no hace distinción entre grandes y pequeños. Faisal, incluso, ha ido más allá, al afirmar en varios discursos, después de su entronización, que el Trono y la Majestad sólo pertenecen a Dios, y que el rey no es más que el servidor del pueblo, escogido por éste para asegurar el mejor interés de la sociedad y de los individuos que componen ésta» [9].

Nadie puede negar que sirvió a estos principios abnegadamente y sin descanso, y que desde el primer momento tuvo el empeño de mejorar a su pueblo al máximo, no tratando de mantenerlo en estado de subdesarrollo para conservar un poder feudal. Lo primero que hizo es poner la enseñanza gratuita para todos y a todos los niveles, inundando el país de profesores y escuelas, sucesivamente más perfeccionadas. Cuando los medios del país no bastaban, se enviaban a los mejores al extranjero. Ciertamente que muchos de ellos no estaban preparados para recibir las enseñanzas que se daban en avanzados centros extranjeros, pero no se podía esperar a que pasaran muchos años hasta estar preparados. No sólo el gobierno no cobraba matrículas y libros, sino que pagaba alimentación, vestidos y hasta subsidios a la mayoría de las familias sauditas aun no necesitándolo. Lo mismo sucedió con la asistencia sanitaria, que alcanza incluso a los no sauditas, y con la seguridad social, que impulsó a límites que se ponen a la altura de los países más avanzados, ya que todo saudita que se halle en estado de necesidad, sin distinción de sexo o edad, resida en Arabia Saudita o en el extranjero, tiene garantizada una renta o subsidio. Es decir que el Estado vela de una manera efectiva por todos sus ciudadanos, ya que uno de sus deberes, de acuerdo con el Islam, es garantizar a sus súbditos la justicia, la equidad y la dignidad de vida. Y ¿cómo —se preguntaba Faisal— puede el Estado intervenir para asegurar el bienestar de sus ciudadanos cuando su economía es una economía libre, donde la libertad de trabajo, de comercio y la propiedad privada son, según los grandes juristas del reino, algo consagrado por los principios eternos islámicos?

Su respuesta fue, a través de sus decisiones, que la ley de la oferta y la demanda rige la economía, determinando la relación entre productores y consumidores y entre el capital y el trabajo. Pero la apli-

[9] *Ibidem*, p. 117.

cación de este principio no debe dañar el interés público, pues si el productor no tiene en cuenta o no puede atender los intereses del consumidor, el Estado debe intervenir. En este caso la intervención no consistirá en nacionalizar la empresa del productor, sino rescatarla gradualmente, de modo que pueda proporcionar sus servicios a la comunidad por un precio razonable, y en lo que se trata de necesidades fundamentales, como artículos alimenticios de primera necesidad, agua, electricidad y otros básicos, el Estado asumirá la carga cuando ésta sea excesiva para el productor, rebajando tarifas de aduanas, subvencionando a los importadores y otras que estén en su mano para que las alzas mundiales no recaigan de un modo excesivo sobre el consumidor.

Es decir que para Faisal el sector privado era el sector esencial de la economía, pero sin que, en caso de dificultad, el sacrificio recayera sobre la masa del pueblo. Asimismo tampoco, en el caso de proyectos de desarrollo costosos, se dejarían estos al cuidado de dicho sector mientras no estuviera preparado para emprenderlos. El Estado debe asumir esa labor, entregándolos a la Empresa privada cuando estén en marcha y rindiendo beneficios. Es decir que toda su idea, de acuerdo con las doctrinas islámicas, está dirigida a evitar sacrificios al más débil: en el primer caso, el pueblo; en el segundo, el sector privado de la economía. En este caso la dirección de la empresa puede llevarse a cabo de un modo conjunto por representantes del sector público y del privado hasta que el último pueda asumir por sí solo la responsabilidad total.

Bajo la guía de estas ideas, el reino cogió un impulso tremendo y fueron innumerables los proyectos de desarrollo en comunicaciones, alumbramiento de aguas y puesta en explotación de terrenos —con la consiguiente sedentarización de los nómadas—, industrias —empezando por las básicas de tranformación del petróleo—, cemento y, por supuesto, participación creciente en los beneficios de las empresas extranjeras extractoras de petróleo y otros minerales. Para esta obra, hoy en plena marcha, fue básica la creación de Petromin, empresa estatal para el desarrollo de petróleo y minerales, que se rige por las normas antedichas base de la concepción de la política económica que tenía el rey Faisal.

En el plan quinquenal de desarrollo, aprobado poco antes de su muerte, aparecen las siguientes cifras: 40.000 millones de riales saudíes (1 rial equivale aproximadamente a 19 pesetas) para proyectos agrícolas e hidráulicos, cerca de 70.000 millones para proyectos in-

dustriales y unos 50.000 millones para carreteras, puertos y telecomunicaciones. Aparte están los proyectos de las ciudades, que para las seis principales alcanzan los 30.000 millones de riales y lo que alcancen de las inversiones para proyectos combinados que suman 315.000 millones, todos los cuales pueden compararse con ventaja con las de cualquier otra nación productora de petróleo. Respecto a las compañías encargadas de llevar a cabo los proyectos, poseen un alto grado de especialización, como hemos dicho, y su primera preocupación es instruir a sauditas y, en su defecto, otros árabes, con lo que todo el mundo puede comprender que la nación saudita no está a la cola ni actúa en plan de régimen feudal. Podríamos resumir la visión que en este aspecto tuvo Faisal y las directrices que dio con las propias palabras del rey que cita Ahmed Assa:

«Cercar todos los campos del subdesarrollo y atacar rápidamente en todas partes para ganar rápidamente la batalla y alcanzar en el más breve plazo el alto nivel de los países desarrollados. No hay qué dar tregua ni esperar a terminar en un campo para empezar en otro. Se trabaja simultáneamente en todos los campos del progreso hacia el fin común» [10].

Si rica ha sido su herencia en el campo del desarrollo interior de su patria, no ha sido menor el cambio que ha dejado en el de las relaciones exteriores, con un tremendo incremento en la influencia de Arabia Saudita en todas las naciones del mundo, y especialmente entre las principales árabes, por las que hasta el momento de su ascensión al trono no había sido muy valorada.

En este frente exterior tuvo, no hay que negarlo, y tienen sus sucesores la ayuda poderosa de los Estados Unidos, que defendía en la zona fuertes intereses comerciales y estratégicos, pero esto, ya hemos visto, no ha supuesto un perjuicio para el pueblo saudita, considerado en conjunto. A quien más le interesa que no haya tensiones interiores es a la gran potencia occidental, y Faisal de este modo defendía el progreso de su pueblo, defendía al Islam y defendía a su casa también. Pero yo creo que de todo esto su idea capital era la defensa del Islam, ya que consideraba incompatible con esta firme crencia la extensión del socialismo, y contra él hemos visto cómo levantó la bandera de la Solidaridad Islámica. Sin embargo, la ayuda americana no quiere decir hipoteca de su soberanía, y si Arabía tenía y tiene asesores militares norteamericanos, también los

[10] AHMED ASSA, *op. cit.*, p. 122.

tiene de otros países occidentales, lo mismo que Egipto o Siria los tenían rusos. De lo que se trataba es de instruir a los sauditas en el manejo de las armas y aparatos modernos y en el empleo táctico de las unidades, y esto lo mismo se hacía en las fuerzas armadas que en construir una carretera o poner en marcha una fábrica. La moderna tecnología no se improvisa y necesita de aprendizaje y maestros. Luego ellos han creado su Escuela de Estado Mayor, las especialidades de las armas y servicios de los tres ejércitos, y fortaleciendo sus órganos de seguridad de un modo notable, aunque todavía es mucho lo que les queda por conseguir.

No cabe duda que la guerra contra Israel en 1967, que obligó a Egipto a empeñar todas sus fuerzas y supuso el primer oscurecimiento en la estrella de Naser, hizo subir a Faisal en la estima de mayores masas árabes e islámicas de opinión de fuera de su país. Fue un hecho importante en la terminación del conflicto del Yemen y del paso de este país a la órbita de influencia de Arabia Saudita, pero no el decisivo, pues para el año 1964 Naser ya estaba cansado de gastos y sacrificios y de la incapacidad del mariscal Sal-lal en llegar a un afianzamiento de su república socialista. Al final, en 1965, vino el derrocamiento de Sal-lal, y la política de Faisal se mostró más sensata al eliminar tensiones internas dentro del mundo árabe y también gastos militares que sólo repercutían en debilidad ante el enemigo común israelí. Este sentimiento lo había expresado el rey saudita de un modo elocuente por lo escueto en un discurso que pronunció en Riad ante el pueblo después de un bombardeo por la aviación egipcia de territorio saudita fronterizo con Yemen:

«Cómo desearíamos que hoy estuviéramos reunidos para celebrar la liberación de la Palestina usurpada...» [11].

Días más tarde el bombardeo se reprodujo, siendo su objetivo la ciudad de Nayran, y entonces dijo algo que también llevaba dentro de sí:

«Dicen que yo he recurrido a los americanos. ¿Qué es lo que quieren decir con esto? Si se refieren a su ayuda, son ellos los que reciben ayuda de Estados Unidos, y no nosotros. Si la garantía de ayuda supone imperialismo en un país, entonces Egipto debe considerarse una colonia de todo el mundo, y respecto a las pruebas del imperialismo sobre nosotros que atribuyen a los americanos, no son

11 *Al Madina*, 22 de enero de 1963.

otras que vosotros no hayáis visto con vuestros propios ojos. Los Estados Unidos nos han ofrecido amistad y apoyo y nosotros hemos aceptado su ofrecimiento. No nos pusieron ninguna condición a esta amistad y apoyo ni hemos recibido ninguna ayuda gratis de ellos. Hemos importado armas americanas y las hemos pagado. Hemos enviado nuestros hijos a sus universidades y hemos pagado sus gastos. Ni concluimos acuerdos secretos ni trabajamos detrás de una pantalla. Todo lo que ha habido entre nosotros y los americanos es el mensaje que me ha enviado el presidente Kennedy, y mi respuesta y todo ha sido publicado por la prensa» [12].

Cuando estalló la guerra de 1967, el rey se encontraba en Londres, y a pesar de que hasta el día anterior había estado recibiendo tremendos ataques por la prensa y radio egipcias, a los que, por cierto, nunca contestó en el mismo tono, de un modo decidido manifestó que él estaba al lado de sus hermanos árabes y que había ordenado a sus tropas estuvieran listas para entrar en combate, no siendo digno del nombre de árabe el que no acudiera a la batalla. Cuando un periodista inglés le hizo mención a los insultos que hasta ese mismo momento había recibido de los órganos de expresión de Naser, contestó de un modo claro y sin reservas que su actitud hacia éste era de respeto y que no abrigaba ninguna animosidad contra él ni contra su pueblo [13]. Y hay que creerle, porque sus sentimientos religiosos eran bien probados y su política era persuadir al hermano, no odiarle. Al día siguiente, en una entrevista transmitida por radio y televisión, dijo: «Que la grave situación a que se había llegado se debía a la actitud agresiva de Israel, cuya existencia él no reconocía, y que si Israel intentaba romper el bloqueo, su país estaría en primera línea junto a sus hermanos árabes». Por último, cuando el entrevistador le preguntó qué es lo que deseaba sucediera en Oriente Medio, contestó rápido: «Lo primero de todo la desaparición del Estado de Israel. Después, la unión y colaboración de todos los árabes» [14].

Declaraciones parecidas hizo en Bélgica, y cuando estalló la guerra inmediatamente anunció que cortaría el suministro de petróleo a todos los países que ayudaran a los sionistas, lo cual suponía una grave pérdida para la economía del país. Con la fulminante derrota árabe, vino su reconciliación definitiva con Naser, sellada en la Conferencia de Jartum en agosto de 1967.

---

12 Ministerio de Información de Arabia Saudita, «Discursos de S. M. el rey Faisal».
13 *Al Bilad*, Riad, 25 de mayo de 1967.
14 *Al Bilad*, 26 de mayo de 1967.

En esta conferencia comenzó a notarse la ascendencia de Faisal dentro del mundo árabe —en el islámico no árabe ya había comenzado mucho antes— de un modo inequívoco, coincidente con el declive de la influencia de Naser. Ascendencia, a su estilo, suave, sin alharacas propagandistas y sin una resonancia excesiva que dañara el impulso al desarrollo de su pueblo, objetivo prioritario. Aquí se recogió esa idea de luchar por la unión de todos los árabes para hacer frente a Israel y utilizar el petróleo como arma y como ayuda a los árabes que no tenían este precioso recurso. El rey se comprometió a que su país aportaría 50 millones de dólares desde ese momento hasta la total eliminación de «las huellas de la agresión». Inspirados en esa idea de unión, acordaron ponerse a resolver en serio el problema del Yemen, para lo cual tuvieron Faisal y Naser una entrevista especial. Todavía costó tiempo la total solución del problema, pero la dirección emprendida en esta conferencia era irreversible y el Yemen se dispuso a entrar por la vía del desarrollo del brazo de Arabia Saudita.

No sólo a partir de entonces creció la influencia de Faisal entre los países árabes e islámicos, sino también en la de los países occidentales, y muy especialmente en los Estados Unidos. El no era el jefe de un país subdesarrollado al que hay que dar tutela y consejo para hacer frente a sus enemigos, que, a su vez, lo eran de los Estados Unidos, sino que él daba consejo y a veces exigía al presidente de los Estados Unidos y a sus enviados qué era lo conveniente o justo hacer. Su juicio, su prudencia y sus recursos se iban imponiendo en el conjunto de los países árabes, y esto mismo y su calidad de guardador de los Santos Lugares, en los islámicos que él, como vimos en artículos anteriores, cuidaba con frecuentes viajes en los que pronunciaba discursos adecuados y mantenía importantes conferencias con sus jefes de Estado, acompañadas de sustanciosas ayudas económicas.

Esta ascendencia se vio en su mediación a principios de 1969 entre el chah del Irán y los *chuiuj* (jeques) de los emiratos del Golfo Arábigo, cuando se anunció por Inglaterra la unión de los mismos en una Federación independiente, y aquél reivindicó la isla de Bahrein. Se vio más aún al año siguiente con su acción ante la voladura en Siria de la Tapline, su participación en las propuestas del secretario de Estado norteamericano William Rogers y su intervención decisiva cerca del rey Husain de Jordania con motivo de los terribles enfrentamientos

del ejército jordano con los palestinos en el célebre llamado Septiembre Negro.

En todos, la actividad de Faisal y su gobierno fue grande y tuvieran efecto sus amenazas o no; en el primer caso sobrevino la caída del presidente de la República Siria, Nur ed Din Al Attasi, por un golpe de estado del teniente general Hafed Al Asad; en el segundo, aconsejó a Rogers acerca del modo de implementar el segundo plan que lleva su nombre después de que el primero fuera rechazado por los gobiernos egipcio e israelí, y en el tercero, trabajando en estrecha conjunción con Naser, convenciendo a Husain de que no tenía más remedio que entenderse con los palestinos.

En el caso de la aceptación del Plan Rogers B por Naser y en la política que adoptó Anuar as Sadat al morir Naser ese año [15], la influencia de Faisal se refleja en las palabras que pronunció el vicepresidente de los Estados Unidos, Spiro Agnew, en su visita aquel año al reino, en las que decía que el presidente de los Estados Unidos y otros jefes de gobierno occidentales habían obtenido un inmenso beneficio de la larga experiencia de Faisal en los asuntos internacionales, y que particularmente su ayuda y consejo a los jefes de Estado árabes vecinos había sido muy valiosa en el intento de traer la paz a Oriente Medio [16].

Esto también fue reconocido por el propio Anuar as Sadat al declarar por un mensaje que envió con el delegado de la Liga Arabe, Mahmud Riad, en una visita de éste a Yedda, que la ayuda de Arabia Saudita a la lucha con Israel era notable, no sólo en ayuda material a los países hermanos combatientes, sino enviando sus tropas al frente oriental [17].

Pero cuando verdaderamente se manifestó la influencia que había adquirido de un modo notable fue con ocasión de la guerra de octubre de 1973, vulgarmente conocida por los árabes con el nombre de guerra del *Ramadán* y por los judíos con el de guerra de *Iom Kippur*, por coincidir con ambas festividades respectivas.

Esta guerra, lanzada por Egipto y Siria, cada una en su frente, en estrecha coordinación, fue para acabar con el estado de «ni guerra ni paz» que duraba desde la guerra anterior en 1967, al negarse Israel a cumplir las resoluciones del Consejo de Seguridad en ese año, fue gestada en estrecho contacto con el rey saudita. Durante el

---

15 Véase F. FRADE: «La política paso a paso de Anuar as Sadat», en esta REVISTA núm. 143, enero-febrero 1976.

16 *Al Madina*, 9 de julio de 1971.

17 *Ibidem*, 28 de enero de 1971.

año 1971, proclamado por Anuar as Sadat como «Año de la Decisión», y los siguientes hasta el desencadenamiento de la guerra, los contactos de los presidentes egipcio y sirio y del jefe de la OLP, Yaser Arafat, son continuos, bien con el rey o con sus ministros de Interior y Defensa, emires Fahd y Sultán. La labor de Faisal se ve bien en la visita que el presidente egipcio le hizo en Riad al volver de Damasco en agosto de 1971, en las que el emir Sultán hizo a El Cairo y el de Asuntos Exteriores sirio, Jaddam, hizo a Riad inmediatamente después. Se decidió entonces, tal como se desprende de las declaraciones de Anuar as Sadat y las del emir Sultán a un corresponsal egipcio, que Egipto y Siria desencadenarían un ataque coordinado como único recurso para obtener después una solución pacífica, al que Arabia Saudita contribuiría principalmente con sus recursos económicos y la terrible arma del embargo del petróleo, junto a todos los árabes, y, muy importante, ayudando a conseguir el máximo de comprensión por parte de los Estados Unidos.

El 8 y 9 de marzo de 1972 volvieron a entrevistarse los dos jefes de Estado en Riad, y el 25 de mayo es el emir Fahd, ministro del Interior y segundo primer ministro, el que visita El Cairo, invitado por el primer ministro egipcio Aziz Sidqi. En el comunicado que sigue a la visita hay un párrafo muy significativo, en el que tras resaltar que Arabia Saudita no ha cesado de sostener a Egipto económica y materialmente, hará todo lo que esté en sus manos para contribuir a la batalla que será la de toda la nación árabe. Batalla que ni Israel ni los Estados Unidos y ni siquiera la Unión Soviética, creen que los árabes se van a atrever a lanzar.

Todo el resto del año lo emplea Faisal en visitar varias naciones africanas negras y envía a sus ministros de Defensa y adjunto de Asuntos Exteriores a visitar otras europeas y los Estados Unidos, para atraer votos a la causa árabe e islámica, hacer declaraciones y manejar políticamente sus recursos y su ayuda económica al servicio de las mismas. Esto acentúa el aislamiento de Israel, que ve cómo ese ese año Uganda, Chad, Senegal, Mauritania y Níger, que han sido los países visitados por el rey Faisal, más Tanzania, rompen sus relaciones con el Estado judío.

En las declaraciones que el emir Sultán primero y el mismo rey después conceden al *Washington Post* durante sendas visitas a los Estados Unidos, se muestran terminantes y enérgicos y revelan la presión a que están sometiendo al gobierno de los Estados Unidos. El primero, dijo el mes de junio de 1973, que el único medio de lograr

una solución pacífica al problema de Oriente Medio es restituir los derechos usurpados del pueblo palestino, así con estas duras palabras, que en oídos americanos tenían que sonar muy mal. Tan mal que el corresponsal le pregunta si opina que los Estados Unidos sostienen el derecho y la justicia y el príncipe da a entender bien claro en su contestación que lo pone en duda y que Arabia Saudita no puede impedir que haya un estado de tensión en la zona porque ésta se debe a la opresión y a la injusticia, siendo un error la ayuda americana a Israel, primero porque ayuda a perpetuar esa opresión e injusticia y segundo porque favorece la presencia soviética en la zona la cual se afirma cada vez que Israel se expansiona.

En las declaraciones del rey el 6 de julio, dice que para su país resulta muy difícil una política de estrecha cooperación si los Estados Unidos continuaban sosteniendo a Israel, y estas mismas declaraciones volvió a reafirmarlas en otra entrevista concedida el 30 de agosto a la cadena NBC de televisión, diciendo que la ayuda incondicional de los Estados Unidos a los sionistas hacía extremadamente difícil a Arabia Saudita continuar el suministro de petróleo y sus amistosas relaciones.

Estas palabras tenían mucha fuerza en labios de quienes las pronunciaban, porque Estados Unidos dependen crecientemente del petróleo árabe, y el más asequible a ellos es el saudita. Tanto es así que en sus planes entra que Arabia Saudita eleve su producción de 8,5 millones de barriles diarios, que fue la de 1973, a 20 millones en 1980, para suministrarle por lo menos un quinto de sus necesidades. En septiembre de 1973 la revista *Newsweek* decía:

«Por su parte, los Estados Unidos consideran a Faisal el hombre clave en la guerra del petróleo. Ultimamente preocupados porque los sauditas puedan decidir vivir de sus ingresos pasados del petróleo y recortar su producción, la Administración se ha salido de su camino para cortejarle. Los funcionarios americanos han estado tratando de alentar la formación de empresas conjuntas de desarrollo en las cuales firmas americanas proporcionarían la tecnología y la experiencia y los sauditas su dinero. De un modo análogo, para atajar un esperado hundimiento en su balanza de pagos a causa de su creciente dependencia del petróleo de Faisal, los Estados Unidos están ayudando a los sauditas a invertir sus millones en su país. Sin embargo, aunque los sauditas han apreciado la ayuda económica y una cantidad limitada de ayuda militar, sus fines se han ido haciendo cre-

cientemente políticos. Lo que Faisal desea es un signo de movimiento en el largo punto muerto existente hasta la fecha en la disputa de Oriente Medio. Aunque es denodadamente antisionista, parece haber abandonado como poco práctica la idea de empujar a Israel al mar y cree que los Estados Unidos pueden obligar a los israelíes a que devuelvan las tierras árabes que conquistaron en la guerra de 1967» [18].

Pero no sólo Faisal fue atrayéndose a los americanos a su punto de vista de que debían de apoyar a Israel a ultranza y debían convencerle para que cediera, sino que también se atrajo a sus puntos de vista al presidente egipcio Anuar as Sadat, que por esa época se veía cortejado por el presidente libio, Muammar al Qaddafi. Este había puesto a su disposición todos los recursos a cambio de una unión libio-egipcia. El líder libio, al contrario que Faisal, era partidario de una línea de intransigencia, siguiendo la política de Naser, frente a Israel, fueran cuales fueran los sacrificios y los resultados. El 27 de ese mes se publicó un comunicado anunciando el nuevo Estado árabe unificado basado en la revolución madre egipcia de julio de 1952 y la libia de septiembre de 1969. Se decía en el comunicado que la unión es una necesidad de vida y supervivencia, pues las pequeñas entidades cuentan poco frente a los grandes bloques en lucha. Al día siguiente de publicarse el comunicado, Anuar as Sadat salió de su país en visita a los jefes de Estado de Qatar, Arabia Saudita y Siria, y ya no se volvió a hablar más de la unión libio-egipcia. Súbitamente se congeló. Fue como una burbuja que explota en el aire, quizá porque Sadat temiera dar un excesivo vuelo al joven y fogoso coronel libio.

Las conversaciones citadas son de mucho interés, pues no cabe duda que estaban orientadas a los sucesos que el mes siguiente tuvieron lugar y en ellas se hablaría de la conducción de las operaciones contra Israel.

Es difícil saber la idea estratégica del rey Faisal sobre dicha conducción, tanto de las operaciones políticas como de las militares. Yo no he visto nada publicado, por lo menos de un modo claro, ni tampoco sé el consejo que diera a los citados jefes de Estado, actores principales en el ataque que desencadenaron el siguiente mes. Sin embargo, dadas sus características, ampliamente puestas de manifiesto en lo que llevamos dicho, tuvieron que estar presididos por la

18 *Newsweek*, 17 de septiembre de 1973, p. 19.

prudencia y el utilizar las posibilidades a su alcance sin objetivos ilusorios.

Esto se traduciría en una serie de pasos sucesivos que comprenderían: Devolución del Sinaí a Egipto, del Golán a Siria, de la Jerusalén árabe a Jordania, y a los palestinos, todos los territorios asignados a ellos por la ONU en 1947. Solución un tanto ideal que puede durar muchos años, pero que mientras tanto permitiría a los países árabes adquirir la fortaleza que por sus riquezas pueden conseguir y una mayor unión. Esta unión se vería reforzada por el apoyo de los demás países islámicos, con cuya unión espiritual ardientemente soñaba el rey, y de este modo sí que contarían con una verdadera fuerza en el mundo.

Después de desencadenado el ataque el 6 de octubre de 1973, que trajo como primera consecuencia la sorprendente caída de la línea Bar Lev, el rey Faisal, que ya había enviado armas, dinero y tropas, ordenó la disminución del 10 por 100 en la producción petrolífera y decretó el embargo sobre los países que habían ayudado a Israel. No se contentó con esto, sino que también envió al presidente Nixon un enérgico comunicado en el que le advertía se abstuviera de abastecer a Israel, so pena de romper sus relaciones diplomáticas y económicas con Estados Unidos.

Inmediatamente vino el comienzo de la famosa diplomacia viajera de Kissinger, en la que un punto obligado era la visita a Riad para conseguir de los beligerantes aceptaran el alto el fuego. Faisal proclamó insistentemente que toda paz justa pasaba por los palestinos y por la ciudad de Jerusalén, debiéndose transferir la autoridad sobre sus Lugares Santos a representantes de las tres religiones monoteístas, y la civil y militar, a una autoridad árabe, bien fuera jordana o palestina.

El 31 de octubre vuelve a haber otra reducción de la producción petrolífera, que hace bajar la saudita de los 8,5 millones de barriles diarios citados a 6,5 millones, que, con la continuación del embargo, hace que se acentúe aún más el aislamiento de Israel en el mundo. Ya son Inglaterra y Francia las que ratifican su embargo de piezas de repuesto a Israel, mientras envían material de guerra a Arabia Saudita, Libia, Kuwait y Abu Dabi, con el pretexto de que no son combatientes. Las acusaciones de imperialista y racista van en aumento, alcanzando a naciones que no son árabes ni islámicas y teniendo casi como único defensor en exclusiva a Estados Unidos, que también ve en su interior quejas contra la política pro judía en sectores cada

vez más extensos de su población. De esto es una buena prueba la reacción judía, mezcla de angustia y rabia, con hondas tensiones interiores, que se revela por afirmaciones dentro de la prensa del mundo occidental controlada o influida por el sionismo mundial en la que se habla del «chantaje del petróleo», «de la sumisión del mundo libre al dictado de reyes y jeques del petróleo que mantienen a sus poblaciones en un lamentable estado de atraso y usan de bárbaros métodos de justicia» y, sobre todo, «del mantener vivo en las conciencias de ese mundo el holocausto judío a manos nazis», con una serie de frases del más puro estilo de guerra psicológica destinadas a deshacer la imagen de los árabes ante el mundo occidental.

El arma petrolífera sigue haciendo su tremendo efecto, y en ella tienen una mano todos los países árabes productores, pero para Norteamérica la del rey Faisal era la más temible. A él fue dirigida la acción principal de Kissinger, como lo revela el primer párrafo de una entrevista que Arnaud de Borchgrave le hizo para *Newsweek* un año más tarde:

«A principios del mes que viene el secretario de Estado, Henry Kissinger, sale para otra vuelta de diplomacia viajera en Oriente Medio. Uno de sus principales objetivos será convencer al rey Faisal de Arabia Saudita de que modere el uso del arma del petróleo mientras Estados Unidos persuade a Israel para que devuelva más territorio árabe.» En la entrevista, en la que, según la revista, el rey se mostró de un talante menos que paciente, éste fue tajante. Dijo que un arreglo del problema de Oriente Medio sólo podía ser la retirada total israelí de todos los territorios ocupados, la restauración de la soberanía árabe sobre la Jerusalén árabe, el derecho a la autodeterminación del pueblo palestino y su derecho a volver a su patria. Dio a entrever que estaba dispuesto a seguir usando no sólo el arma del petróleo, sino el de las inversiones a largo plazo de los petrodólares y que el próximo paso debía ser la total retirada, porque ya había pasado un año desde la terminación de la guerra de octubre [19].

La posición de Faisal se endurecía, y en Arabia Saudita corrieron rumores de que en esa entrevista con Kissinger y en otras posteriores hasta su muerte el rey se mostró muy frío con él, sin hacer caso cuando hablaba de ninguna de sus proposiciones, limitándose a recordarle que desde los tiempos de Roosevelt los Estados Unidos habían faltado a todas las promesas hechas a los árabes en relación con esta

19 *Newsweek*, entrevista con Arnold de Borchgrave, 30 de septiembre de 1974, p. 17.

cuestión. Lo conseguido no era lo que esperaba trás su aprobación del alto el fuego y retirada paso a paso, que tan gran disgusto había causado a Siria y los regímenes más radicales, como Irak y Libia, y que él había aprobado pensando que continuar la guerra no conducía a nada, pues si Israel se veía en trance de ser destruida, los Estados Unidos harían lo imposible por salvar a su Estado cliente, con la posible intervención de la Unión Soviética y la destrucción de los Estados árabes de la zona. Sin embargo, Faisal ante la imposibilidad de vencer la resistencia judía a devolver el Golán a Siria manifestó que no levantaría el embargo hasta que comenzaran a retirarse de la tierra siria ocupada [20].

Esta radicalización de los puntos de vista de Faisal se manifestó con más fuerza en la conferencia cumbre de Rabat de septiembre de 1974, en la que su contribución fue decisiva para que el rey Husain aceptara a la OLP como única y legítima representante de los palestinos, con representación nacional en cualquier parte de territorio devuelto y en apoyar la tesis del presidente sirio, Hafad al Asad, de que Egipto aceptara simultanear las concesiones israelíes a su país con otras a Siria y a la OLP.

Podemos deducir que su política exterior en conjunto, en el momento en que sobrevino su trágica muerte, se sintetizaba en lo siguiente: Con los Estados Unidos, obligar a éstos a actuar de modo que fueran más comprensivos con la actitud y aspiraciones de los árabes, incluyendo en éstos a los radicales, así como obligarles a que convencieran a Israel de su necesidad de transigir. Con los países árabes hermanos, primero que suavizaran sus diferencias, cediendo en lo posible, para conseguir una estrecha unión, y luego, que moderaran sus exigencias con el enemigo lo que fuera necesario, sin sacrificar las básicas expresadas.

Las buenas relaciones del actual rey con los presidentes egipcio y sirio y la mediación entre Siria e Irak por las diferencias respecto a las aguas del Eufrates prueban la bondad de la herencia de Faisal en este aspecto. La bondad de las bases establecidas en el aspecto de desarrollo económico del país son de dominio público, y no es necesario entrar en ellas. Sólo queda un caso por examinar, en el que también su herencia ha sido altamente positiva. Ha sido en el de la enorme fuerza que las demás naciones musulmanas han prestado a sus hermanas árabes de religión en todos sus problemas. Con ella se ha visto el éxito de la doctrina de la Solidaridad Islámica.

[20] *Ibidem*, 18 de febrero de 1974, p. 11.

que hemos visto Faisal enarboló para hacer frente a los avances expansionistas de Naser en la Nación Arabe y de las ideas socialistas en el conjunto islámico. En este aspecto podemos decir que Faisal jugó con el equilibrio producido por la acción de las superpotencias en Oriente Medio, como otros líderes políticos han hecho en esa zona y otros lugares del mundo. Es la defensa de los que son más débiles frente a las ambiciones de otros prepotentes rivales. Cualquiera comprende que un país de tan gran extensión y con una escasa población nativa como es el suyo, con las tres cuartas partes de esa población de un bajo nivel de educación y cultura, para lo que necesita un Estado moderno y con unas riquezas que le hacen apto para ser objeto de apetencias extrañas, se arrimará instintivamente al fuerte que sienta es más afín a su forma de vida o más tolerante para la misma. No sólo tendrá que defenderse de elementos armados, sino de ideas subversivas que tenderán a atacar los valores más arraigados en la población a la que quieran conquistar y que se oponen a sus designios de conquista. Para esto él contaba ante todo con la ayuda de Dios, en la que siempre creyó, pero también pensó que la amistad de los Estados Unidos era lo más conveniente para el desarrollo del país sin abdicar de los valores derivados de la firme adhesión a la fe islámica que les legaron sus mayores. En este aspecto sentía también que por sí solos los árabes serían incapaces de expulsar a los judíos de los Santos Lugares de Jerusalén, contando como contaban con el apoyo de la potencia más poderosa del globo, y para esto creía era acertado contar con el apoyo norteamericano, que al mismo tiempo le defendía de las ideas materialistas ateas exportadas por los soviéticos, y con el de las demás naciones islámicas que se extendían a lo largo de los continentes africanos y asiático. De todos modos hemos visto que su amistad con Estados Unidos no llegaba al extremo de sacrificar dos objetivos básicos de los árabes: los legítimos derechos del pueblo palestino y el acceso y guarda por parte de los miembros de las tres religiones de sus Lugares Santos en Jerusalén.

Naser quiso elevar el nivel de las masas árabes, durante largos siglos sometidas a unas míseras condiciones de vida, a través de un socialismo árabe, sin que interviniera para nada la religión, aunque él era un ferviente musulmán. Del mismo modo quería basarse en el lazo del arabismo para llegar a una entidad superior, la Nación Arabe, en la que existían árabes que no eran musulmanes y que no podrían incorporarse a una forma de vida totalmente islámica. La des-

confianza de Naser hacia cualquier forma de pacto islámico partía de que la ruta islámica fue la seguida por Nuri Said, de Irak, y acabó en el Pacto de Bagdad, para ellos un pacto imperialista [21]. Pero Faisal, que fue atacado tanto por los regímenes radicales, tachando a su llamamiento a la Solidaridad Islámica de pacto imperialista, nunca propuso tal pacto y ni siquiera él había sido el primero en hacer esa llamada. Ya antes se había hecho, en los Congresos islámicos universales; lo que él hizo es revivirla con fuerza. No voy a detenerme en su argumento de que el primero en hacer dicho llamamiento fue el presidente de Somalia, Aden Abdul-lah Aozman, durante la celebración de la sexta sesión del Congreso Islámico Universal, celebrado en Mogadishu en 1965. Este fue el autor material, pero el promotor y su esforzado campeón después fue Faisal, apoyándola en el ejemplo de su vida sencilla, austera y devota. Este llamamiento, además de su finalidad de promover la cooperación y la unión espiritual de todos los musulmanes, creo yo que implicaba en un principio una actitud defensiva, no sólo de sus esencias espirituales, sino de su casa y de sus riquezas petrolíferas, lo cual es una actitud completamente natural.

En los discursos que pronunció durante muchos viajes a diferentes países islámicos para explicar el alcance de su idea y durante la época de la peregrinación, aparece esa preocupación por contrarrestar los ataques de los que se oponían a ella, y su idea básica era que su mensaje no era suyo, sino de Dios, expresado al profeta Mohammed. Así, por ejemplo, durante su visita a Túnez en 1966, dijo en presencia del presidente Burguiba:

«Mi labor en pro de la solidaridad islámica es sólo para servir los intereses de nuestra religión y sin ningún mal propósito. Cumplo un deber ordenado por Dios Todopoderoso a todo musulmán: "Vuestra nación sólo es una y yo soy vuestro Señor. Adoradme y seréis la mejor nación que nunca ha existido. Predicad el bien y evitad el mal".»

Para servir esta política, además de la ya existente Liga Musulmana Mundial, con sede en La Meca, que reunía todos los años a importantes personajes de todo el mundo islámico con ocasión de la peregrinación, se fundó la Conferencia de la Solidaridad Islámica, con sede en Yedda, cuyo primer secretario general fue el malasio

[21] MOHAMMED HASSANEIN HAYCAL: *Los documentos de El Cairo*, Lasser Press Inc., Méjico 1972, pp. 22-23.

Tunku Abderrahman, y cuya sesión de inauguración se celebró el 21 de junio de 1971.

Por las palabras del rey ante la primera de esas organizaciones ese año puede verse dónde estaban sus sentimientos, y hay que tener en cuenta que allí había representantes destacados de todas las naciones islámicas y musulmanes de todo el mundo, incluso europeos y americanos. Sus temas fueron el ataque al comunismo ateo, «que mina todo credo y toda fe para aniquilar los poderes humanos que tengan una base religiosa», y el ataque al sionismo, que «ha ocupado nuestro país y expulsado a nuestro pueblo desacralizando sus Santos Lugares, mientras no somos capaces de defenderlos y arrebatarlos al enemigo porque la disputa y la discordia nos divide, y he de decir que soy escéptico en relación con una solución pacífica» [22].

Palabras graves y enérgicas éstas que no podían sonar gratas a los oídos israelíes y ni aun a los de los americanos, pues se aproximaban a las de los radicales árabes ante un auditorio mundial que le veneraba. Al final de su discurso exhortaba a los jefes de Estado árabes para que no aceptaran ninguna solución que no garantizara plenamente la restitución de los derechos usurpados y la dignidad herida.

Estas y otras palabras posteriores y la intransigencia hasta su muerte en recuperar los Lugares Santos, a los que, de un modo ardiente, deseaba ir a rezar, fueron al decir de algunos causa de su muerte a manos de su sobrino Faisal Ibn Musaid Ibn Abdel Aziz, armadas por quienes no deseaban esa intransigencia.

La Conferencia de la Solidaridad celebró su sesión de inauguración bajo la presidencia del emir Fahd, principal elemento de ayuda del rey en cuestiones políticas, y a sus reuniones asistieron representantes de todos los países adheridas al pacto de la solidaridad: Afganistán, Arabia Saudita, Argelia, Guinea, Indonesia, Irak, Jordania, Kuwait, Líbano, Libia, Malasia, Malí, Marruecos, Mauritania, Nigeria, Pakistán, República Arabe Unida (Egipto), Senegal, Somalia, Túnez, Turquía y Yemen. Es decir, 22 naciones, representando a más de 500 millones de musulmanes, y los correspondientes votos en los organismos internacionales, en el que el primer punto de su comunicado fue una condena severa a la continua agresión israelí y la ocupación de los territorios árabes por la fuerza de las armas, y en el tercero, que el único modo de conseguir la paz consistía en liberar Jerusalén, en la retirada total de los israelíes del territorio árabe ocu-

[22] *Al Madinah*, 27 de enero de 1971.

pado y en el reconocimiento de los legítimos derechos del pueblo palestino [23].

Este servicio a la causa árabe y al pueblo palestino, que se renueva todos los años ante representantes de todo el mundo, como he dicho, nadie puede negarlo a Faisal, infatigable promotor e impulsor de esta idea.

Para terminar con la exposición de esta idea de la Solidaridad Islámica, transcribo para los lectores de esta revista interesados en el tema lo que decía en el artículo anterior citado: «La doctrina faisaliana»:

«Creo que, aparte de una tendencia muy natural a la autodefensa y a la protección de sus riquezas naturales, aprovechándola en primer lugar para la elevación del pueblo de Arabia Saudí, el asunto es algo más profundo de lo que se cree. Es el ajuste de un mundo que se había quedado retrasado con respecto a la marcha de los países más adelantados, con métodos y ritmo que sacudan lo menos posible sus fundamentos íntimos. Yo interpreto que el tema de la solidaridad islámica, tal como lo desarrolla el rey saudí, es que, con la aplicación de las doctrinas socialistas, la esencia islámica queda muy desvaída y tiende a borrarse en la vida de unos pueblos que han nacido y crecido en su atmósfera. El ve que esa esencia es aún muy fuerte y profundamente sentida por el pueblo musulmán. En nuestros días, ella por sí sola ha dado lugar al nacimiento de una nación —Pakistán—, viniendo las tendencias socialistas impuestas por minorías ambiciosas o aliadas con el materialismo o supervalorando el estado social actual de las masas árabes. Por eso ha hecho esa llamada, a la que han respondido los gobernantes de países más tradicionalistas y personalidades de todo el mundo islámico, entre ellos el jefe de una República tachada de socialista: la somalí. La ha hecho para conjurar un peligro que ve en el horizonte y que puede traer la desislamización de masas enteras. Más aún, la posibilidad de que los pueblos islámicos pierdan su independencia y su personalidad ahogados por esos ídolos modernos con fuerte tinte materialista opuestos a la verdadera esencia islámica. De esta lucha de contrarios, ¿saldrá un nuevo Achaari armonizador? Eso es lo que pueden traer las conferencias islámicas en que participen todos los representantes destacados de pueblos de este credo. Sería una labor de «aggiornamiento», emprendida en común, como debe ser, y con la participación del máxi-

[23] F. FRADE, *op. cit.*, pp. 88-89.

mo número de tendencias, sunnies y chiíes, socialistas y conservadoras, cuya tarea principal sería luchar contra el ateísmo, que también entre ellos se infiltra. No hay ninguna incompatibilidad para esto entre la "solidaridad árabe" y la "solidaridad islámica", ha dicho el rey Faisal; y Abdel Aziz Buteflica, el sagaz ministro de una nación árabe con tendencias socialistas, ha coincidido con el monarca saudí al decir que los lazos islámicos son más fuertes que los pactos políticos.»

Queda, por último, la herencia de su sencillez, de su austeridad devota y de su grandeza, alcanzada en la ceremonia de su propio entierro. No se invitó a nadie ni se previeron ceremonias especiales, de acuerdo con la norma islámica pura, y, sin embargo, acudieron 16 jefes de Estado y gobierno a la lejana y sofocante Riad para ver descender su cuerpo, cubierto por una sencilla mortaja de piel de camello, de unas angarillas, a una tumba en la tierra, que se cubrió con unas simples piedras, más bien pedruscos irregulares, mientras la multitud de más de 100.000 personas gritaba: ¡Al-lahu Akbar! (¡Dios es el más grande!).

Fernando FRADE